

El Libro Rojo o Liber Novus de Carl Gustav Jung es un libro fascinante. Un gran instigador del Ser esencial. A través de sus diálogos autoguiados, en donde pone en conexión las distintas instancias de su psique, Jung nos invita a reconectarnos con el alma, el alma individual, aquella instancia de las profundidades encargada de dar el primer hálito vital, aquella que pone en marcha nuestro cuerpo espiritual y físico, y que nos acompaña en forma íntima y relativamente silenciosa toda una vida.

---

MARGARITA OVALLE VERGARA, Psicóloga, Pontificia Universidad Católica de Chile. Magíster en Religiones Comparadas, Fenomenología y Existencialismo, Universidad de Tennessee. Profesora Red Cultural.

El Libro  
Rojo de Jung  
y la Mitología

Los antiguos egipcios llamaban al alma *Ba* y la representaba un jeroglifo de un ave con cara humana. Esto significa que simboliza un principio sutil, por el cuerpo del ave, que puede emprender vuelos, pero además, significa identidad y personalidad debido a la cara humana que trae identidad a esa misma ave.

En el proceso de existir, viviremos en mayor o en menor conexión con el alma, dependiendo de la importancia que le demos en nuestra "casa psíquica" al eje axial del consciente e inconsciente, el *Sí mismo* o el principio orientador. Puede ocurrir que en algún punto de nuestra vida, luego de un largo período de descuido hacia ella, de pronto nos invada el *espíritu de la profundidad* y busquemos entrañablemente su cercanía. Así le sucedió a Jung, y lo expresó en su *Libro Rojo*:

*"Alma mía, ¿dónde estás? ¿Me oyes? Yo te hablo, yo te llamo. He regresado, estoy nuevamente aquí, he sacudido de mis pies el polvo de todas las comarcas, y vine hacia ti.*

*...Con qué palabras he de describirte los entreverados senderos por los cuales una buena estrella me guió hasta ti."*

Es también muy interesante la relación alma/espíritu que Jung propone en su *Liber Novus*. Jung presenta el alma como aquella instancia que vivifica el espíritu y lo impulsa a realizar su labor trascendente, su labor ígnea. Así, si el alma está distante del día a día del individuo y, por esto, se encuentra menospreciada o disminuida, el espíritu tampoco puede realizar su labor sutil específica, que es iluminar. En vez de esto, el espíritu desvía su atención hacia la razón o intelecto.

Aquí vemos cómo Jung toma, al parecer, de los antiguos sabios, esta aguda intención de separar el alma del espíritu. Para la mitología ancestral, la labor del espíritu es la de irradiar su luz y, de esta forma, interactuar con otros y con el mundo. En Egipto se le llamaba *Akh* también al "que destella", "el brillante", y era un principio orientador, representado por el jeroglifo de una *Ibis comata*, que realizaba su vuelo sagrado con alta maestría.

Según Jung, cuando en la humanidad el espíritu dejó de realizar su labor ígnea, comenzó a controlar y

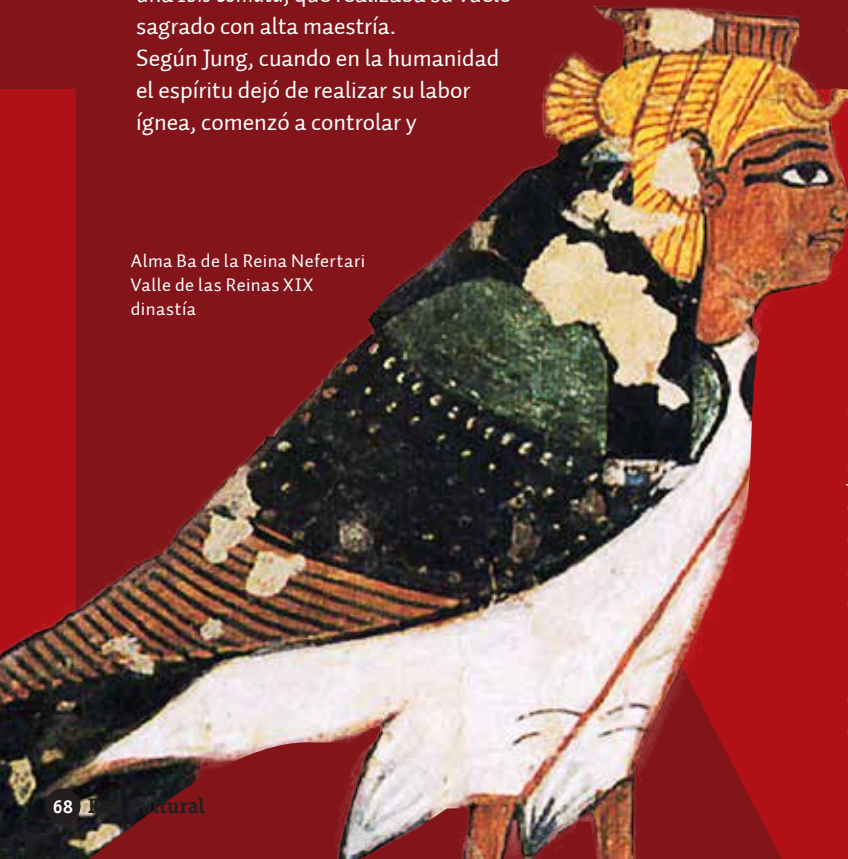


Ba Egicio, ave de cabeza humana, que representa el alma abandonando el cuerpo

dominar en vez de iluminar. Desde ese momento, el espíritu ha sido suplantado por el intelecto. A su vez, aquel intelecto separado del sentir y del corazón no es el mismo intelecto que el de los egipcios. Para ellos, tanto el intelecto como el espíritu están relacionados con lo sagrado, ya que este espíritu representado por el *ibis*, tiene, a su vez, la palabra corazón, *Ib*, en su primera sílaba, y el corazón o *Ib*, para los egipcios, es el órgano de la sabiduría (*sia*). Es decir, el intelecto iba acompañado de un destello espiritual, profundo y sapiencial.

En su *Libro Rojo*, Jung toma conciencia de que su propio intelecto le ha sido de gran utilidad para su carrera científica y así se ha fortalecido y retroalimentado mutuamente con el *espíritu de este tiempo*, que busca el sentido, el valor y la utilidad. Sin embargo, aquella se ha tornado una carrera un tanto "ciega" en la medida en que el mismo Jung ha descuidado un espíritu más antiguo, profundo y primordial: el *espíritu de la profundidad*. Jung dice: *"He aprendido que además del espíritu de este tiempo, aún está en obra otro espíritu, a saber, aquel que domina la profundidad de todo lo presente. El espíritu de este tiempo sólo quiere oír acerca de la utilidad y el valor."* Jung reconoce que "ha estado en el mundo y en las cosas", olvidando o dejando de lado el *espíritu de la profundidad*. Estos son principios contrarios, opuestos y funciona así: en la medida en que te acercas a uno, te distancias del otro. De eso se trata, justamente, el camino de la psicología profunda propio de toda una vida, el camino de individuación: de la integración de los opuestos. ¿A qué opuestos se refería Jung básicamente? A la persona o máscara con la sombra, a la conciencia con lo inconsciente, al ánima con el animus, al sentido y contrasentido, al espíritu de la profundidad y al espíritu de nuestros

Alma Ba de la Reina Nefertari  
Valle de las Reinas XIX  
dinastía



tiempos y, con esto, a la profundidad y la superficie. Esta integración viene desde dentro, entonces la resultante ocurre en nosotros, dentro de nosotros, por lo cual la novedad es siempre interior:

*“La profundidad y la superficie deben mezclarse para que nazca una vida nueva. Sin embargo, la vida nueva no surge fuera de nosotros, sino en nosotros... La vida no proviene de las cosas, sino de nosotros... por eso, quien contempla el acaecer desde afuera, ve siempre sólo lo que ya ha sido y que siempre es lo mismo. Pero quien mira desde el interior sabe que todo es nuevo.”*

Muy cercano a este concepto de “lo nuevo” está el concepto de “lo venidero”. En ambos se presiente lo que emerge. Jung resuelve el único camino posible para él, que es el recorrido que lo lleve hasta el fondo de su alma, cueste lo que cueste encontrar su paradero:

*“Como un caminante cansado que nada ha buscado en el mundo, más que el mundo mismo, he de presentarme a mi alma.*

*He de aprender que, detrás de todo, finalmente yace mi alma, y que si atravieso el mundo es, al final, para encontrar mi alma.”*

Jung llama a este recorrido *El camino de lo venidero*. Éste es un camino que exige renunciar al sentido de lo que pauta el espíritu de nuestros tiempos. Entonces, la renuncia es a los estándares de la utilidad y el valor propios del espíritu de estos tiempos.

*“¡Qué rigor del destino! Si os acercáis a vuestra alma, lo primero que perderéis será el sentido. Creéis que os hundís en lo carente de sentido, en lo eternamente desordenado. ¡Tenéis razón! Nada os salva de lo desordenado y lo carente de sentido, pues ésta es la otra mitad del mundo. Os horrorizáis ante la profundidad; os ha de horrorizar, pues el camino de lo venidero conduce por allí. Tienes que pasar la prueba del miedo y de la duda y, con ello comprender hasta las entrañas que tu miedo está justificado y tu duda es razonable.”*

Pero Jung nos da grandes herramientas en este *Liber Novus* o *Libro Rojo*. El sentido y el significado lo pone cada cual, le corresponde a las cosas, no al alma ni al espíritu de la profundidad. Cada vez que se pierde el sentido hay una contrapropuesta, a saber, el contrasentido, y ni éste ni el sentido es lo venidero. El camino de lo venidero se identifica con el Suprasentido, que viene a ser el puente entre lo uno y lo otro.

Veamos qué dice Jung al respecto:

*“El significado de las cosas es el camino de la salvación creado por vosotros. El significado de las cosas es la posibilidad de la vida en este mundo creada por vosotros. Es el dominio de este mundo y la afirmación de vuestra alma en el mundo.*

*Este significado de las cosas es el Suprasentido, que no está en la cosa, ni tampoco en el alma, el Suprasentido es el mediador de la vida, el camino, el puente y el paso hacia el otro lado.”*

Qué similitud hay en esta invitación de Jung a alinearnos con el suprasentido, a realizar el cruce hacia la otra orilla. Esta idea se encuentra muy bien trabajada por el Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, en su obra *El arco y la lira*. Aquí cuenta que *Mahaprajna paramita* quiere decir en sánscrito *la gran sabiduría de la otra orilla alcanzada*. Éste es, para Octavio Paz, el ámbito divino en donde las divisiones o polaridades se terminan, hecho que acontece cuando se ha cruzado o más bien retornado a la orilla del gran Uno o de la Totalidad. En el *Liber Novus*, Jung reconoce que su encuentro con el alma y con esta nueva concepción de lo divino implicará un retiro del mundo y de las cosas, y lo metaforiza con un viaje o una estadía en el desierto. Nos damos cuenta de que siempre ha sido así, si recorremos tanto la Mitología como la Historia: el mítico rey Gilgamesh (3.800 a.c.), en

En el proceso de existir, viviremos en mayor o en menor conexión con el alma, dependiendo de la importancia que le demos en nuestra “casa psíquica” al eje axial del consciente e inconsciente, el Sí mismo o el principio orientador.

Hero Lion Dur  
Sharrukin Louvre



Sumeria, emprende un viaje por la árida estepa hasta llegar andrajoso ante Utanapishtim, el distante y antiguo Noé que tiene el secreto de la vida y junto a este secreto posiblemente el de la inmortalidad. Más tarde, en Grecia, el dios Dionysos parte a la India, así como Orfeo se dirige a Egipto. Veamos lo que dice Jung al respecto:

*“Los antiguos vivían sus símbolos, pues el mundo aún no se les había vuelto real. Por eso iban a la soledad del desierto, para enseñarnos que el lugar del alma es el desierto solitario... Reflexionad esforzadamente sobre las imágenes que nos han legado los antiguos.”*

Emulando el mismo camino de Orfeo, Pitágoras estuvo veinte años en Egipto viviendo entre oasis y desiertos.

Luego, como foco de nuestra era cristiana, vemos que Jesús dejó todo y partió al desierto, donde estuvo cuarenta días alejado de los hombres y las cosas.

Este escenario de soledad o más bien de no distracción que provocan usualmente “hombres y las cosas” es el escenario ideal para que florezca nuestra alma. Según Jung, en este retiro interior y soledad nos acercamos a nuestro Sí mismo, el cual dio pleno desenvolvimiento al espíritu de la profundidad. En el *Libro Rojo* Jung nos dice:

*“También he de ascender por sobre mis pensamientos hacia mi propio Sí mismo. Hacia allí va mi viaje, y por eso conduce lejos de los hombres y de las cosas, hacia la soledad. ¿Es la soledad estar consigo mismo?*

*Ninguna cultura de espíritu de este tiempo es suficiente para hacer de tu alma un jardín. Yo había cuidado del espíritu, de este tiempo en mí. Más no aquel espíritu de la profundidad que se vuelve hacia las cosas del alma.”*

Pero en el reino del alma las cosas no son color de rosas. Jung aquí se topa con una serie de imágenes que son símbolos “preciosos”, poderosos, y a veces también terribles: la serpiente, el escarabajo, el viejo sabio con raíces egipcio-helénicas (Philemon), el ánima ligera y ciega (Salomé), el ánima profunda (Salomé-Sofía), el ánimus (Elias), el anacoreta, Izdubar, Abraxas y otros. Todas son imágenes mitológicas a través de las cuales el alma puede animar al espíritu para que vuelva a realizar su labor ígnea y así baje de su pedestal intelectual.

**“Quien habla con imágenes habla como con cien mil voces, aprende y supera... encumbra el destino personal transformándolo en destino de la humanidad, liberando así también en nosotros esas fuerzas benefactoras que desde tiempos inmemoriales han permitido a la humanidad escapar a los peligros y soportar las noches más largas”.**

Si el alma está compuesta de imágenes, nosotros visualizamos imágenes y símbolos con nuestra conciencia para así integrar el material arquetípico propio del inconsciente colectivo. Pero si no está viva el alma, si el sujeto de la casa psíquica no la percibe por estar demasiado imbuido en los “hombres y las cosas”, entonces no tenemos la posibilidad de integrar el enorme material simbólico que aparece en nuestro inconsciente bajo una preforma. Entonces, al más puro estilo mitológico, criamos bestias interiores que nos dominan y nos gobiernan. En nuestra sociedad podemos llamar a estas bestias: depresión, alcoholismo, drogadicción, alienación y otros cuadros psiquiátricos aún más complejos. Veamos qué dice Jung al respecto:



Interior del Libro Rojo de Jung

Mnemosine, titanesa que representa la memoria o el recuerdo de conocimientos antiguos. Mosaico romano



“Alma mía, ¿dónde estás? ¿Me oyes?  
Yo te hablo, yo te llamo. He regresado,  
estoy nuevamente aquí, he sacudido de  
mis pies el polvo de todas las comarcas,  
y vine hacia ti. ...Con qué palabras he de  
describirte los entreverados senderos  
por los cuales una buena estrella me  
guió hasta ti.”

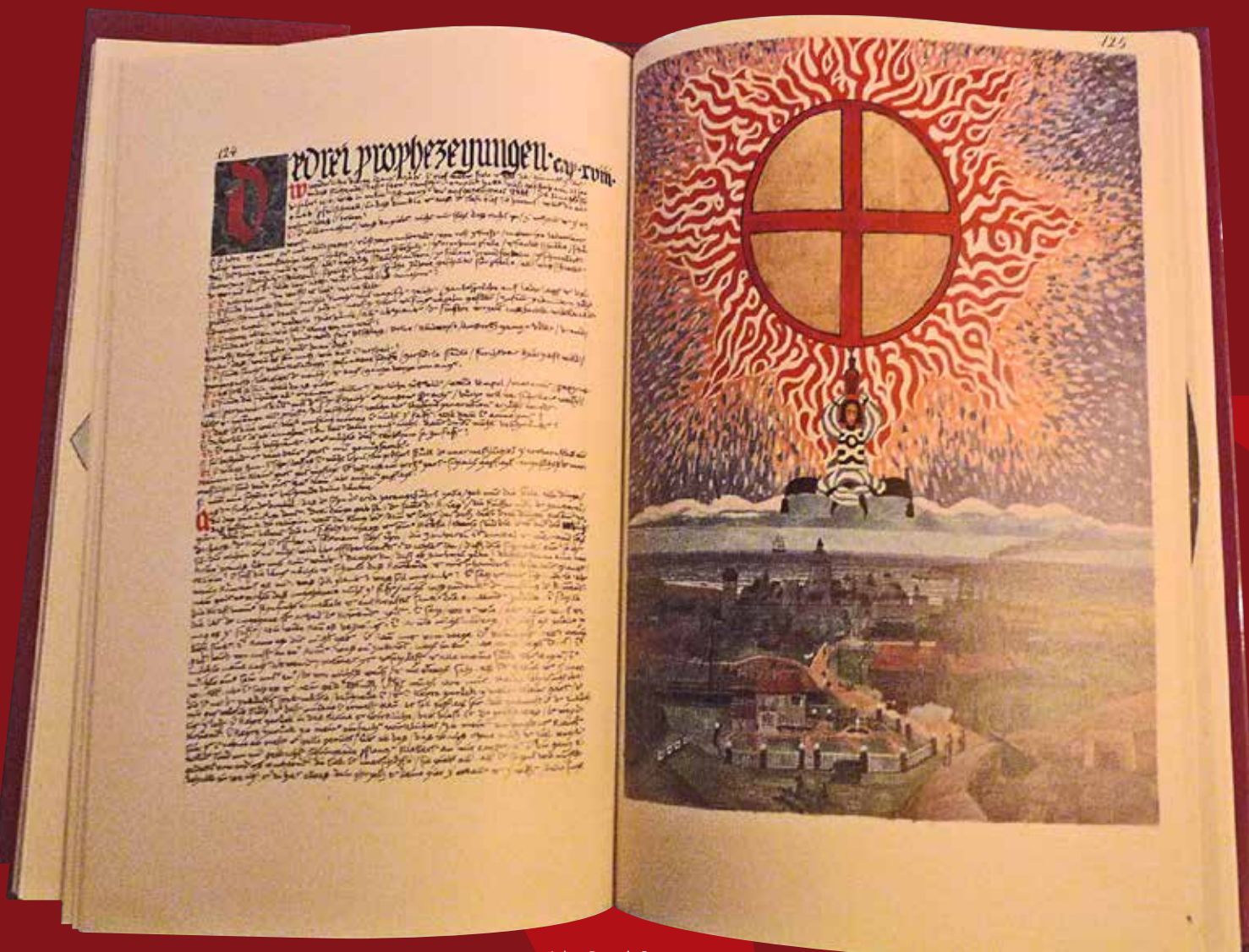
“Es sabio alimentar el alma, de lo contrario estaréis criando dragones y  
diablos en vuestro corazón. El hambre convierte al alma en bestia que  
devora lo malsano y se envenena con ello”.

En cambio, si se sigue el camino del alma, entonces se tienen  
enormes herramientas a nuestro favor, ya que el alma se  
compone de imágenes que brotan del inconsciente, imágenes que  
se pueden entender como símbolo y el símbolo como esencia de  
una cosa. Es por eso que yo digo que los mitos son un viaje a la  
esencia más que un viaje al pasado. Es decir, no se va hacia atrás,  
sino que se va hacia adentro. Muy adentro está el inconsciente  
colectivo y su lenguaje es arquetípico, el cual a su vez es  
preforma y necesita del símbolo, es decir, de la imagen, para ser  
aprehendido por la conciencia.

A esto, precisamente, se refiere Jung en el *Libro Rojo* cuando dice: si  
posees la imagen posees la mitad de la cosa. Si posees la imagen de  
los egipcios y aprehendes sus símbolos, entonces tienes la mitad de  
ese viaje logrado. Pero si viajas a Egipto y no has entrado en la imagen,  
en el símbolo de los egipcios, solo tuviste la mitad de ese viaje.

Leamos la cita de Jung al respecto:

“La riqueza del alma se compone de imágenes. Si posees la imagen de  
una cosa, entonces poseemos la mitad de la cosa. La imagen del mundo  
es la mitad del mundo. El mundo, sin la imagen del mundo, es sólo la  
mitad del mundo”.



Libro Rojo de Jung

## Los arquetipos y el lenguaje del mito

Si queremos explicar qué son los arquetipos, podemos decir que los arquetipos vienen a ser como motivos humanos eternos que se reeditan una y otra vez en los seres humanos. La esencia de los arquetipos se mantiene intacta de civilización en civilización. Psíquicamente hablando, el arquetipo es una preforma inconsciente que pertenece a la estructura heredada de la psique. Como tal, es decir, como preforma inconsciente, el arquetipo es irrepresentable y, en este sentido, se comporta como las partículas subatómicas y microscópicas. Veamos qué dice Jung al respecto:

*“Hay que tener siempre conciencia de que lo que entendemos por ‘arquetipo’ es irrepresentable, pero tiene efectos gracias a los cuales son posibles sus manifestaciones, las representaciones arquetípicas. Una situación totalmente semejante encontramos en la física, cuyas partículas mínimas son en sí irrepresentables, pero tienen un efecto de cuya naturaleza puede derivarse cierto patrón. Una construcción de ese tipo corresponde a la representación arquetípica, el llamado tema o mitologema”.*

Lo que se hereda y luego conforma parte del inconsciente colectivo de cada individuo no es la representación de un arquetipo particular en sí, sino la posibilidad de representación de ese tema, motivo humano o mitologema. Por ejemplo, no se hereda una representación arquetípica específica de la madre, sino la posibilidad de representar este arquetipo en sí, de evocar en la conciencia un símbolo que representa a la madre.

De persona en persona, de psique en psique, estas representaciones arquetípicas pueden ser muy diversas. Jung ha dado algunos arquetipos de madre: puede ser la madre real, una abuela nutritiva, la virgen María, alguna persona cercana o que simbolice ya sea el aspecto nutritivo, receptivo o generador de intimidad propio de la madre. El arquetipo de la madre incluso podría estar representado en nuestra psique por una casa, una fuente, una cueva u otro símbolo de este tipo, que signifique la contención que da una madre. En la narración mitológica se produce el diálogo entre personajes arquetípicos y cada uno provee una propuesta simbólica, la cual será el vehículo para traer a la conciencia elementos y circunstancias desconocidos hasta ese momento por aquella.



Lámina del Libro Rojo de Jung

Cuando estos elementos son vistos por la conciencia son, a su vez, asimilados, es decir, pasarán a estar urdidos en una red de conceptos e ideas conocidas. Los arquetipos, los motivos humanos, habitan en la urdiembre simbólica del inconsciente colectivo, en donde su lectura se logra incorporando elemento a elemento a la matriz simbólica que es parte y da sentido a esa misma creación, ya sea sueño o mito.

Es así como a todo nivel humano podemos acceder psíquicamente a la huella “de lo ya acontecido”, a la impronta de lo que queda registrado, gracias al inconsciente colectivo que guardó la potencialidad de representar un arquetipo determinado desde los orígenes de los tiempos y que, de alguna forma, sirve para dar representación e imagen a referentes contemporáneos.

Los griegos accedían al recuerdo de todos los tiempos, de lo ancestral, inspirados por las musas, hijas de Mnemosime, titanesa que representa la memoria o el recuerdo de conocimientos antiguos. Entonces, los griegos, muy buenos teóricos, lograban, gracias al pensamiento abstracto, evocar esas grandes ideas portadoras de luz o conocimiento, sin recurrir a la comprobación experimental (razón por la cual no hicieron ciencia sino filosofía), logrando muchas veces conclusiones que hoy la ciencia contemporánea valida. Éste es el sentido profundo del rol de las musas griegas, patrocinadoras de las artes, la filosofía, la astronomía, la matemática, la elocuencia, el conocimiento de lo antiguo, la música y la poesía. Es decir, las musas ya traían incorporado el recuerdo de las imágenes culturales que querían evocar.

De alguna forma, los mitos también son “hijos de Mnemosime”, pues en esencia no mueren, sino que permanecen como arquetipos. Solamente se van modificando a través del tiempo como temas humanos universales que luego inspirarán a nuevas culturas a reconstruir sus propios mitos, en su propio tiempo, a partir de esas mismas metáforas. Entonces, lo fundamental para develar lo eterno del mito es develar sus símbolos, los cuales dan expresión o hacen visibles a la conciencia el lenguaje del inconsciente colectivo o el lenguaje de los arquetipos, que, finalmente, son lo mismo ●

Los mitos son un viaje a la esencia más que un viaje al pasado. Es decir, no se va hacia atrás, sino que se va hacia adentro. Muy adentro está el inconsciente colectivo y su lenguaje es arquetípico, el cual a su vez es preforma y necesita del símbolo, es decir, de la imagen, para ser aprehendido por la conciencia.